

## CAPÍTULO 38

### Recetas, silencios y sentimientos en obras de Laura Esquivel

ANA-MARIA PAUNESCU  
*Universidad de Bucarest*

Doce recetas. Una para cada mes del año. Laura Esquivel y su tan conocida obra intitulada *Como agua para chocolate*. Un título incitante, si nos guiamos por lo que, convencionalmente, se puede encontrar en las estanterías de las librerías. Agua. Chocolate. Y una comparación que une aún más fuerte estos dos ingredientes esenciales de la... ¿vida? Puede ser... ¿Qué representa, en realidad, esta novela? ¿Es un recetario? ¿Es una simple muestra de que la literatura no tiene fronteras ni puede ser guiada por los autores hacia un número limitado de interpretaciones y preguntas? El simple hecho cuestionar de una manera tan elocuente todo esta suma de dudas y de nuevas perspectivas demuestra que no es tan fácil trazar un análisis profundo de *Como agua para chocolate*. Para algunos, talvez sea simplemente un best-seller. Es decir, según definiciones en vigor, un libro vendido en gran número de ejemplares en una cierta época literaria. Las líneas del prólogo de una de las ediciones que hoy en día forman parte de las bibliotecas de los hispano-investigadores, prólogo firmado por Lourdes Ventura, lo confirman, revelando el hecho de que la novela en cuestión, a poco tiempo de haber sido publicada en 1989<sup>1</sup>, fue traducida a más de treinta idiomas. Dicho con otras palabras, *Como agua para chocolate* ha ido cobrando, con el paso del tiempo, el matiz llamado por nosotros, lectores y oyentes, simplemente universalidad.

---

<sup>1</sup> L. Esquivel, *Como agua para chocolate*, Madrid, DeBolsillo, 1989.

Laura Esquivel, una de las más representativas figuras mexicanas de la contemporaneidad, encuentra, en esta novela suya, la receta perfecta para dar cuerpo doce recetas específicas de México, mezcladas suavemente con los sentimientos y las historias de todos los días, cocinadas al lento fuego de la curiosidad y de la emoción, adornadas —de manera paradójica— sin muchos adornos que resultarían sobrando, en los más íntimos espacios del corazón humano, listas para ser saboreadas por los ojos de los lectores y de por las impresiones de estos mismos y puestas, sin ninguna vacilación, en una mesa, para una cierta cena, a la que puede acudir cualquiera de nosotros, independientemente de la edad, nacionalidad y convicciones.

Menos de cien páginas. Agua. Chocolate. En doce capítulos. Estructurados rigurosamente, como en los viejos recetarios. La intención del presente artículo no es revelar, para los que todavía no han leído la novela, ni el hilo narrativo, ni los caracteres de los personajes. Ni siquiera sus nombres. Finjamos todos, por algunos momentos, entrar en contacto ahora, ni un segundo antes, por primera vez, con la novela mexicana. Si la abrimos en las primeras páginas, nos recibe, menos frío de lo que acostumbra hacerlo en enero. ¿Cómo es esto? ¿Qué es lo que nos pone a disposición la autora? ¿Una novela, un recetario? ¿O... un calendario? Todo. Todo lo que nos apetezca e incluso más.

Volvamos al tema. Enero. «Tortas de Navidad». Lista simple y directa de ingredientes. ¿Será que se trata de algo dulce? Nada de eso. Desde la primera línea de la novela, Laura Esquivel comienza su breve, pero profundo viaje por lo que hay dentro del ser humano y por la fascinante conexión entre la comida y las emociones. Sobre todo, las dramáticas. Lo hace a través de una comparación ya célebre: cebolla — lágrimas. Una comparación, aunque ya usada incluso en las artes populares, bien válida y fuerte para todo lector.

Repeticiones, metáforas, personificaciones... Una alucinante y conmovedora vuelta por los rincones más íntimos del ser humano. Una operación en vivo, hecha con propósitos didácticos, como si la autora se sometiese a una hipnosis con tal de revelarnos, con un número impresionante de adjetivos y partiendo de perspectivas diversas, pormenores del pasado. ¿Pero existe pasado en *Como agua para chocolate*? En apariencia, sí. Desde el punto de vista de la lógica, un cierto grado de pasado existe en todas las posturas, incluso en el segundo que acaba de consumirse. Pero si miráramos más a fondo las palabras de Esquivel, ordenadas por una casualidad premeditada en líneas, páginas y capítulos, quizá nos atreveríamos hasta a afirmar que no. Que el pasado de *Como agua para chocolate* se podría interpretar como un traslado programado a un ayer que en cualquier momento se puede convertir en hoy, ignorando las leyes de la humanidad y de los relojes, sustituyendo, de una forma incoherente, lo convencional por lo ficticio. Y todo esto sin traspasar los límites de la vida y de lo natural. Simplemente soñando un poco, dejándonos llevar por los hilos de una narración fascinante y llena de párrafos sorprendentes.

Sigamos con nuestra falsa lectura falsa. Si abrimos el libro en una página cualquiera, estoy dispuesta a apostar que podemos encontrar muestras de simbo-

logía alimentaria o, por lo menos, de pre-simbología. Y al decir pre-simbología nos referimos, por lo menos en este caso, a una postura que precede cualquier tipo de simbología oficial. Ya está. Marzo. «Codornices en pétalos de rosa»: «Se desprenden con mucho cuidado los pétalos de las rosas, procurando no pincharse los dedos, pues aparte de que es muy doloroso (el piquete), los pétalos pueden quedar impregnados de sangre y esto, aparte de alterar el sabor del platillo, puede provocar reacciones químicas, por demás peligrosas.»<sup>2</sup>

Rosas. «De preferencia rojas»<sup>3</sup>, nos aclara la autora. Y una meticulosa descripción de su destino. El de las rosas, claro. Unas flores que, a pesar de ser rojas por naturaleza, no se pueden manchar, según Laura Esquivel, «de rojo...» del rojo de la sangre. ¿Por qué? Porque se alteraría el sabor del platillo. Claro. Pero también por culpa de las posibles reacciones químicas, descritas nada más ni nada menos que con el adjetivo «peligroso». El dolor provocado por un dedo pinchado pasa a segundo plano. ¿Qué más da? Lo importante es el sabor de la comida. El sabor de la vida, vista como una rebelde e imposible apuesta. El sabor de la muerte, vista también como una faceta posible y lúcida: «Tenía la vista tan nublada que sin darse cuenta se cortó un dedo con el cuchillo. Lanzó un grito de rabia y prosiguió como si nada con la preparación del champandongo. En esos momentos no se podía dar ni siquiera un segundo para atenderle la herida.»<sup>4</sup>

Pura casualidad. Otro plato que se prepara con cebolla. Picada finamente. Demasiado fino, diría esa mujer que, en la obra de Esquivel, se cortó el dedo. No quiero revelar, como ya lo había dicho, nombres... Imagen agresiva y, por lo tanto, impactante. En el párrafo citado encontramos otros símbolos. El dolor humano, provocado por una herida obviamente grave, se combina, de forma completa y homogénea, «hasta obtener una masa fina», con el paisaje doméstico, un paisaje que funciona, en esta novela original, de palco para todos los hilos dramáticos y para cada uno de los otros tipos de nexos existentes. La repetida combinación entre lo metafórico del ser humano y la parte bien práctica del noble acto de cocinar vuelve a envolver el ambiente de la novela de una manera agobiante y obvia. Para el primer mes de otoño, Laura Esquivel propone, en apariencia, la receta llamada «Chocolate y Rosca de Reyes». Que comienza así:

La primera operación es tostar el cacao. Para hacerlo es conveniente utilizar una charola de hojalata en vez del comal, pues el aceite que se desprende de los granos se pierde entre los poros del comal. Es importantísimo poner cuidado en este tipo de indicaciones, pues la bondad del chocolate depende de tres cosas, a saber: de que el cacao que se emplee esté sano y no averiado, de que se mezclen en su fabricación distintas clases de cacao y, por último, de su grado de tueste<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Esquivel, ob. cit., pág. 20.

<sup>3</sup> Esquivel, ob. cit., pág. 20.

<sup>4</sup> Esquivel, ob. cit., pág. 59.

<sup>5</sup> Esquivel, ob. cit., pág. 63.

Una muestra de que *Como agua para chocolate* es, más allá de símbolos vistos o adivinados, un libro que trata, con sumo interés el tema del... chocolate. Del cacao, en este caso. ¿Cómo se tiene que cuidar la bondad del chocolate? Laura Esquivel nos lo dice clara e integralmente, sin desviar, esta vez, de su discurso casi técnico.

Las nueces se deben comenzar a pelar con unos días de anticipación, pues el hacerlo representa un trabajo muy laborioso, que implica muchas horas de dedicación. Después de desprenderles la cáscara hay que despojarlas de la piel que cubre la nuez. Se tiene que poner especial esmero en que a ninguna le quede adherido ni un solo pedazo, pues al molerlas y mezclarlas con la crema amargarían la nogada, convirtiéndose en estéril todo el esfuerzo anterior<sup>6</sup>.

Se advierte una casualidad más en el uso de las nueces. Horas y horas de dedicación. Cáscara. Esmero. Despojar. Esfuerzo. ¿Verdad que parece un rompecabezas para los corazones experimentados, que se pueden identificar en todos los mapas de manual, pero también en todas las suburbias de la memoria? En este párrafo, la autora casi que nos regala la más concisa y transparente enciclopedia de la nuez. Como símbolo de lo vulnerable disfrazado... ¿Disfrazado de qué? De cáscara. De esmero. De esfuerzo. De horas y horas de dedicación. Porque sí... El destino de las nueces representa, en *Como agua para chocolate*, la metáfora de tú destino. Del mío. Del suyo. Y la autora continúa con este interesante e incisivo viaje por la anatomía de las nueces y por la rara y difícil de comprender relación entre las manos y los pensamientos de los que las toca: «Ella no solo podía partir costales y costales de nueces en pocos días, sino que gozaba enormemente practicando esta labor. Pensar, destrozar y despellejar eran algunas de sus actividades favoritas. Las horas se le iban sin darse cuenta cuando se sentaba en el patio con un costal de nueces entre las piernas y no se levantaba hasta que terminaba con él»<sup>7</sup>.

Revelar la conexión que nace entre el ánimo de la persona y la actividad que uno emprende, en cierto momento de su vida, parece ser, para Laura Esquivel, un trabajo bastante fácil de llevar a cabo. «Un costal de nueces entre las piernas» es una imagen cien por ciento clara, que une con gravedad y esmero tópicos fundamentales: la cantidad, la cualidad y, en una medida igualmente importante, el espacio.

Este último intento de demostrar que, por muy buscada que fuera una cita del libro o por poco elaborada que fuese nuestra selección, *Como agua para chocolate* es un diccionario de simbologías. Una novela que colecciona no solo recetas interesantes, pertenecientes a un cierto tipo de cultura y de culto, sino que también conmovedoras páginas de destinos, de corazones rotos —por muy clichéístico que suene—, de vidas y de no-vidas. Porque, no sé si haya llegado

<sup>6</sup> Esquivel, ob. cit., pág. 87.

<sup>7</sup> Esquivel, ob. cit., pág. 87.

hasta aquí la noticia, pero parece que en el mundo moderno se ha inventado, no hace mucho, entre la vida y la muerte un triste e invencible estado de ánimo llamado... no-vida. Útil para los escritores y para los artistas en general, por inspirarlos y por guiar los pasos de sus oraciones o los sonidos de sus pinceles hacia universos increíbles. Malo para los demás... ¿Pero quién tiene el valor de reconocer que se pertenece a esta última categoría?

Un detalle interesante y seguramente no casual de la novela de Laura Esquivel es que, después de cada mes disfrazado en receta, o de cada receta disfrazada en estación —ya que, tras una lectura cuidada, las dos fórmulas parecen confundirse y, solamente a veces, entrelazarse— aparece «Continuará». Seguida, por razones comprensibles, por el nombre de la siguiente receta. Pero, ¿por qué «continuará»? Porque la historia —aunque mejor habría sido decir historias, en plural— que se teje con mucha discreción más allá de la envoltura del recetario sigue, traspasa capítulos y cronologías, manifestándose de manera clara para los ojos llenos de curiosidad que la buscan.

Laura Esquivel no «vino, vio y comió», pero los que hayan leído su novela sí que lo hicieron. ‘Vinieron’, es decir, ultrapasaron el umbral de lo convencional, creyendo lo exagerado de la novela mexicana, asumiendo el frágil papel de testigo, cerrando las ventanas, para conseguir algo de oscuridad, con el fin de poder focalizar con mayor exactitud el pasado y los horizontes literarios poco reconocidos. Abriéndolas, para poder dar algo de luz a las canas finas de cada párrafo, para conseguir, de forma suave y casi inconsciente, invocar, sin siquiera mover los labios, una hoja permanente de un pasado que, por primera vez, parece igual de movedizo que el presente. ‘Vieron’, es decir, abrieron bien los ojos, dejándolos descansar encima de historias llenas de pasión, puede ser que también de patetismo o de pétalos de rosas. Rosas rojas. Sin manchas de sangre. Y oliendo toda letra a cacao de por lo menos tres fuentes distintas, para conseguir salvarle las cualidades y los ángulos de color y de sabores. ‘Comieron’, es decir, se dejaron llevar por la plasticidad de las descripciones de las recetas, probaron, con la punta de los dedos y con lo profundo de las miradas, las ilusiones de unas recetas inventadas y reinventadas, de unas recetas a las que Laura Esquivel presenta, con orgullo y dedicación en su novela, sin alejarse de sus contenidos esenciales, pero añadiendo, discreta y útilmente, algo de dulce en toda receta, algo de chocolate. Comieron, es decir se hundieron decididamente en el humo de la cocina mexicana que con tanta generosidad abre, a cada lectura, su puerta y se deja encerrar entre las portadas de una novela que se lee con facilidad y que se comprende poco a poco. A fuego lento.

## BIBLIOGRAFÍA

ESQUIVEL, L., *Como agua para chocolate*, Madrid, DeBolsillo, 1989.

